

SAN ISIDORO Y LA CULTURA

Por JOSÉ IBÁÑEZ MARTÍN

EN un instante preciso de la Historia de España, cuando el mundo antiguo se derrumbaba bajo una oleada de barbarie para dar paso a una era nueva de milagrosa resurrección, un Obispo español pudo haber repetido con justicia estas palabras bíblicas: «Yo deseé la inteligencia y me fué concedida. Invoqué del Señor el espíritu de sabiduría, y se me dió. Y la preferí a los reinos y tronos, y en su comparación tuve por nada las riquezas, ni parangoné con ella las piedras preciosas. Porque todo el oro respecto a ella no es más que una menuda arena, y a su vista la plata valdrá menos que el barro.» Este Obispo español, caballero andante de la cultura, primer educador del espíritu hispánico, se llamaba San Isidoro.

Nadie como él podría con más razón hacer suyas las palabras del Libro de la Sabiduría. Porque San Isidoro fué, ante todo, el símbolo de una época histórica y el exponente de su altura científica.

Para quienes la cultura no es sino el sistema de convicciones últimas sobre la vida y su destino, es decir, lo que se cree con definitiva y radical fe en el mundo, San Isidoro fué el hombre excepcional que supo ver la arquitectura espiritual del siglo en que vivía, y trató de definir el contorno que le rodeaba, fijando los puntos cardinales en que debía orientarse el pensamiento de su pueblo.

San Isidoro no era el cuerpo que ha encontrado su sombra.

NOTA.—Discurso pronunciado por el excelentísimo señor Ministro de Educación Nacional, en memoria de San Isidoro. León, junio de 1943.

Sino la sombra que ha descubierto su propio cuerpo. El era la huella de aquella terrible realidad conceptual, ideológica y científica, que le había precedido en el transcurso de la Historia. No quiso ser creador de nada, sino reflejo de todo. El sabía que cuando su vida se apagase como una leve nube de humo que se desvaneciese en el espacio, quedaría vivo y en pie el inmortal edificio de su obra.

SAN ISIDORO, ATADURA DE SIGLOS

Entre dos épocas irreconciliables, como una roca altiva que se irguiese en el estrecho cruce de dos océanos durante la más impetuosa tempestad, apareció en el paisaje histórico de España la figura del Obispo hispalense.

No podía San Isidoro inventar doctrinas ni crear nuevos sistemas. Como el que se ve de pronto sumido en el vértice de un torbellino, él se encontró «colocado entre una sociedad agonizante y moribunda, y otra todavía infantil y semisalvaje, pobre de artes y de toda ciencia, y afeada, además, con toda suerte de escorias y herrumbres bárbaras». Su empresa entonces no podía cifrarse más que en transmitir a la segunda la herencia que recibiese de la primera.

La época en que San Isidoro aparece en el escenario de España es un período de transición, de cambio en el destino de la Historia. No procede por saltos la Naturaleza ni hay rupturas ni soluciones de continuidad en la ruta que a través de los siglos recorren los pueblos. Pero la evolución, el avance progresivo de las culturas, se opera, a veces, a merced de las más hondas y turbadoras conmociones sociales. Estos son los momentos en que la Historia tuerce y rectifica su curso para improvisar un derrotero insospechado, en el que la idea del futuro, o la suerte y la esperanza del porvenir, son como la superficie limpia e inédita de un mar que permaneciese aún virgen e intáctil a la caricia de la primera nave.

En cada uno de estos supremos virajes de la Historia, la Providencia ha querido disponer que nada se pierda absolutamente

en los cataclismos políticos o en las devastaciones espirituales de la guerra. Un ritmo silencioso, implacable, universal y eterno, da continuidad a la vida sobresaltada y enloquecida del mundo. La Humanidad cree inventar cada minuto una vida nueva, pero su pulso se mide con el mismo compás inexorable con que latía hace diez siglos y con el que vibrará en las lejanas centurias del porvenir.

Pero sólo a algunas figuras excepcionales, a determinados personajes con categoría de predestinados o elegidos les concede Dios el don supremo de servir de enlace y soldadura entre dos épocas contradictorias.

Cuando surge la figura de San Isidoro, España ofrecía un amargo espectáculo de desolación. «Todo está en ruinas—decían unos versos anónimos, conservados a través de los siglos milagrosamente—. El que poseía cien bueyes no tiene ahora más que dos; el que iba a caballo tiene que andar a pie; los campos y las ciudades han cambiado de aspecto. El género humano perece por el hierro, por el fuego, por el hambre y por todas las calamidades al mismo tiempo. La paz ha huído de la tierra.»

LA CULTURA CONTRA LA RUINA DE LOS PUEBLOS

Cuando la paz huye de la tierra es que un mundo está a punto de perecer para dar paso a una forma de vida imprevista, desconocida y sugeridora de la más terrible inquietud. En ese instante, una sola cosa puede dar continuidad, permanencia y equilibrio a la Historia. Cuando todo ritmo ha sido quebrantado, una sola fuente puede alumbrar de nuevo esa armonía. Cuando la norma, el orden, la unidad se derrumban, un único resorte puede salvar de ellos el rescoldo más vivo y más fecundo. Cuando un pueblo, en fin, parece haber roto las gloriosas ataduras de historia y tradición que le ligaban con su propio pasado, hay siempre un secreto camino por el que la ponderación de la vida se recupera y por el que la unidad se restablece y el orden puede instaurarse de nuevo. Este misterioso derrotero por el que los pueblos se salvan de su propia barbarie, es el que conduce al imperio de la cultura.

No era extraña a la mente lúcida de San Isidoro la enorme fuerza de esta verdad. Comprendió el Santo el papel que por designio divino le correspondía servir en una época transicional para la Historia de su Patria. Y ofreció al cultivo de la ciencia la consagración generosa de toda su vida, como sacrificio votivo en amor y por causa de España.

LA IGLESIA, DEPOSITARIA DEL SABER

Una lección transcendente nos depara el siglo VII de nuestra Historia. Cuando surge San Isidoro como asombrosa suma enciclopédica del saber de todos los siglos que le precedieron, la Iglesia católica es casi la única depositaria del fervor científico y de la preocupación intelectual. Comparte en menor grado con ella la corona, la vocación del arte en su forma más balbuciente. Pero el pueblo permanece sordo y ciego a toda esta suerte de inquietudes que se elaboran en el plano de la inteligencia. El pueblo visigodo es el pueblo de la eterna rebeldía hispánica, inestable y descontentadizo, guerrero y pasional; fácil para las grandes empresas —a veces terribles y decisivas—, que se resuelven en una hora, pero enemigo de admitir un cauce que contenga sus bríos o tolerar que un límite de años aplase su sed cotidiana de éxitos y laureles.

La cultura era ya desvelo y misión de un grupo selecto. Los nombres de Idacio, Paulo Orosio y Juan de Viçlara, el de los Obispos Masona y Tajón, el de Santo Toribio de Astorga, San Martín de Braga, San Ildefonso y San Julián, nos confirman la noble empresa de aquel grupo heroico que levantaban en el ámbito religioso bastiones gloriosos de combate, contra las oleadas del error y las terribles devastaciones de la herejía.

He aquí la experiencia que nos legó la época militante de San Isidoro. Que mientras se intentaba defender la unidad de la Iglesia de Cristo contra la bárbara influencia del llamado crimen de magia del priscilianismo o del arrianismo, a la vez que se mantenía en firme o incólume la verdad católica, se alumbraban nuevos manantiales de conocimiento al saber humano y se engrandecía así la raíz y la dimensión de la cultura nacional.

EL FIN DE LA CIENCIA

No es inútil que reiteremos una vez más este pensamiento. Para todos los que trabajamos con un afán saturado de profundo fervor español por alcanzar para nuestra Patria el más alto nivel intelectual y científico, parecen pronunciadas hace veinte siglos sobre el paisaje ardiente de la dulce Galilea, estas admirables palabras: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.» Nosotros, los que nos movemos en el plano del espíritu en busca incansable de la fuente única y originaria de la Verdad, tenemos que volver nuestra mirada a la época de San Isidoro y comprobar que la grandeza científica alcanzada por la obra del Obispo hispalense, está justificada por el fin sobrenatural que inspiró —alentándola y encendiéndola— toda la obra prodigiosa del Santo. Sólo el aliento de este fin trascendente puede dignificar y ennoblecer la obra del espíritu. Que si la inteligencia no sabe rendir homenaje sin reservas a la idea de Dios, es que el alma del hombre está muy próxima al abismo de la rebeldía.

CONSIGNAS AL INVESTIGADOR

San Isidoro es precisamente por esta cualidad patrono y guía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su ejemplo ha de ser, para el que sienta dentro de su espíritu una fuerte vocación investigadora, el símbolo de cómo el científico o el estudioso han de jerarquizar los valores, en cuya función ordena su trabajo y su esfuerzo. Por eso tiene hoy la ciencia española un alto sentido teológico. Queremos que ella nos sirva para el hallazgo de la Verdad Suprema, y a este fin último, subordinaremos el auge alentador que ya se acusa vigorosamente en nuestro vasto mundo intelectual.

Por eso digo que el Consejo Superior de Investigaciones no se ha situado al azar bajo la advocación del egregio Obispo sevillano. Las mismas palabras que San Leandro pronunciara al consagrar a su tierno hermano —adolescente aún— y tonsurar sus cabellos, son para el científico español un código de la más

indeclinable ética profesional: «Sea de vida laudable —decía San Leandro—. Sea sobrio y humilde. Sea veraz en la ciencia. Sea ortodoxo en la doctrina y tenga en el trabajo solicitud.»

He aquí señores, en boca de un Santo español del siglo VII, las consignas para unos hombres que en pleno siglo XX han cargado sobre sí la tarea inconmensurable de restaurar la unidad de las ciencias y hacer de la cultura instrumento precioso de nuestro codiciado resurgir nacional.

Para los que militáis en los cuadros espirituales de combate que constituyen este Consejo Superior de Investigaciones Científicas, aquellas palabras han de tener categoría de imperativo insoslayable. Porque si vuestro trabajo no estuviese alentado por el entusiasmo, si vuestras doctrinas se desviasen del camino de la rectitud, si vuestra ciencia no fuese veraz, sino falsa, y si a ella os hubiéseis consagrado, movidos por el vacío estímulo de la vanidad, España nada tendría que agradeceros, y los siglos del porvenir maldecirían vuestro nombre.

Pero por fortuna, los que, colocados hoy bajo el estímulo de la figura isidoriana, trabajamos sin descanso con el pensamiento clavado en la gloria de nuestra Patria, hemos sabido hacer de las palabras de San Leandro, norma y canon inderogable, entre cuyos preceptos discurre, como sobre el manso lecho de un río, el proceso constante de nuestro desvelo y de nuestro trabajo.

UNIDAD EN LA VARIEDAD

La honradez de la ciencia no puede ser un tópico ni un mito. Jerarquizar valores espirituales es nuestro primordial lema. Que la variedad de los conocimientos, la diversificación del estudio, lo múltiple de la investigación, no han de restar unidad al desarrollo de nuestro movimiento científico. Esta es también otra de las eficaces enseñanzas que se deducen de la obra de San Isidoro. Nadie como él, en las *Etimologías*, resumió un campo tan vasto y tan complejo de ideas y doctrinas. Nadie, en efecto, como él, supo tratar «de la disciplina y del arte, de las enseñanzas liberales, de la gramática y la métrica, de la fábula y de la histo-

ria, de la retórica y de la dialéctica, de las ciencias matemáticas y de la música, de la medicina y de las leyes, de las bibliotecas y su régimen, de la disciplina eclesiástica, de la Teología, de la Escritura, de las reglas monacales, de las sectas heréticas y de las supersticiones gentílicas, de las lenguas y de los alfabetos, del mundo y de sus partes, de los átomos y elementos, de los fenómenos meteorológicos, de las piedras y de los metales, del arte militar y de las máquinas de guerra, y, finalmente, de la arquitectura, de la construcción naval, de las artes suntuarias, de los instrumentos domésticos y rústicos y hasta de los vestidos y manjares» (1).

Difícil es pensar que en esta enciclopédica aportación no se perdiese el sentido de la unidad. Y precisamente ésta es la gran experiencia del Santo; que mientras su mente genial recorría todas las ramas y disciplinas del saber humano, en medio de aquel acopio abrumador de datos y enseñanzas, un rígido criterio de armonía que se manifestaba hasta en el rigor metodológico, ponía de relieve el espíritu de orden que inspiró toda la construcción isidoriana. Porque en la síntesis que San Isidoro hace de la civilización y del esplendor de toda una época, su carácter más sobresaliente, la nota más distintiva fué, como nos recuerda Menéndez Pelayo, la armonía, el orden y la unidad.

El valor simbólico que se deriva de este hecho encierra para mí una importancia decisiva. España tiene ahora que poner en orden de combate toda la reserva de su cultura. Durante el siglo del liberalismo, el pensamiento nacional se hizo extranjerizante y demagogo. Restaurado por el genio heroico del Caudillo el sentido de continuidad de nuestra grandeza histórica, se imponía la reedificación de una cultura en ruinas. Para lograrlo, creó Franco este cuerpo militante, fervoroso y encendido de fe española, y de voluntad de servicio que es el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Teníamos que salvar todo lo bueno del pasado y crear un pensamiento joven que iluminase con resplandor in-

(1) Menéndez Pelayo, págs. 115, T. 1º Discursos.

igualable el horizonte del porvenir. Y en este empeño surgen, en el gran árbol de la ciencia española, todos esos frutos del trabajo silencioso y fecundo de nuestros investigadores, en forma de nuevos Patronatos e Institutos, en los que se acusa la vasta difusión de los más diversos conocimientos científicos en las frondosas ramas del saber humano. Pues aquí también — y esto es conveniente que lo escuchen los que sólo nos comprenden a medias—, aquí, la unidad más rigurosa, el orden más exigente, la más deslumbradora armonía, están presidiendo esta admirable variedad en la que se traduce nuestro renacimiento cultural de esta hora.

HACIA DIOS POR LA CIENCIA

Entre la ruina científica del pasado y el enigma inquietante del porvenir, surgen hoy con esplendor sorprendente los brotes fecundos de una nueva cultura, como luminosa primavera de flores, sobre un mudo paisaje de ceniza. También ahora parece resolverse una secular civilización y anunciarse otra nueva. Sólo los que por encima de lo contingente, de lo que es caedizo y fugaz, de lo que es corruptible y mudable, se aferren, como marineros en naufragio, a la inmutable doctrina de la verdad, e intenten ganarla a través de la investigación y del estudio por los soberanos caminos del espíritu, esos serán los únicos que verdaderamente no se equivocarán.

Digámoslo una vez más, España es un pueblo teológico y lo será hasta que deje de existir. El español siente el pulso de Dios en el trabado de sus propias venas. Sobre estas tierras duras, leonesas y castellanas, se comprende mejor la tragedia del Gólgota, y uno siente dentro de sí, en la eterna y dramática contienda de las tinieblas contra la luz, la angustia y el dolor de un Cristo humanizado para morir. Por eso, el hombre de ciencia español nunca puede ser un escéptico. Irremediablemente combatirá como un apóstol o como deicida por la causa de la verdad o contra la causa de esa Verdad que hierde su rebeldía indomeñable.

Nuestra cruzada de hoy tiene una nueva victoria que alcan-

zar en este camino: la de conquistar para nuestro credo estas mentes extraviadas por el orgullo del error y hacerlas convertir bajo nuestras banderas, para que cuando los adversarios de la gloria de España rindan, por fin, sus armas desgastadas en la inutilidad de la porfía, nosotros podamos grabar, como los caballeros medievales grababan en su escudo un mote evocador de sus victorias, estas palabras, con las que España habrá de resumir el duelo a muerte que desde un glorioso amanecer de julio ha venido sosteniendo como porta-estandarte de la Fe: «¡ Con Franco para España y por la ciencia, hacia el imperio inacabable de Dios!»

EDUCACION NACIONAL Y PATRIOTISMO

Mas no sólo como asombrosa capacidad compiladora nos deslumbra la figura del Santo hispalense, que no fuera acabada la obra de San Isidoro si no hubiese sabido ser a la vez que erudito insigne educador excepcional. Deleita el ánimo recordar aquella noble estampa del Obispo sevillano, conforme nos la reviven las viejas miniaturas, sentado en un sencillo taburete y en su contorno, una fila de niños que, reclinados en el suelo o sobre rubios montones de paja, aprenden de los labios pacientes del Santo las letras del abecedario. Allí les enseñaba San Isidoro también a cantar. El quería que sus jóvenes discípulos aprendiesen en los «cantares de gesta las hazañas de sus mayores, a fin de despertar en ellos el noble deseo de la gloria».

¡ Admirable ambición la de San Isidoro! El mismo predicaba con su ejemplo el deber ineludible de la educación. El mismo pregonaba con su verbo fecundísimo y arrebatador las glorias de la Patria, quemándose el espíritu en un apasionado fuego de amor irrefrenable hacia España. Dificilmente en la Historia se encuentra un personaje igual, en el que se den, tan vivas y destacadas, las virtudes raciales de nuestro pueblo. Y es que San Isidoro sabía que era estéril la enseñanza e inútil todo aprendizaje cuando el maestro y el discípulo no están hermanados por la fe de un ardiente y enardecido patriotismo.

Si España tuvo cortejadores que no la escatimaron la lisonja, San Isidoro fué como un ingenuo enamorado de su Patria, a la que dirigió los más dulces requiebros de un amante, a quien la pasión incontenible de su espíritu le brota en torrente de elogios a los labios. Y así, la apasionada apología que sobre esta bendita tierra de España nos legaran las *Cantigas del Rey Sabio* o el *Poema de Fernán González*, no son sino la glosa del canto exaltado y luminoso con que el Obispo sevillano quiso pintar los colores, la abundancia y la belleza de nuestra Patria incomparable.

Hasta en esto tenemos todos que desear sentirnos sus imitadores. Porque cuando la ciencia no se siembra con un íntimo fervor nacional, la semilla, como la del mal sembrador del Evangelio, o la arrastran las aguas del olvido o se la lleva irremediablemente el viento.

Por eso nosotros, que no consentiremos —como falangistas y como españoles— que se malogre la sembradura espiritual de esta hora de España, queremos, ante los restos mortales del egregio San Isidoro, sellar con un solemne juramento de fidelidad a su ejemplo, nuestra consagración al servicio de la Patria y nuestra entrega absoluta al ideal hispánico del resurgimiento de nuestra cultura.

Ante la tumba del inmortal Obispo sevillano, en este dramático instante en que el mundo se estremece bajo el azote cruel de la más terrible de las guerras que ha padecido la Humanidad; al reiterar nuestra fe en la obra imperecedera de la inteligencia y del espíritu; cuando se pone por meta del trabajo cotidiano la aspiración suprema de la virtud y el bien, quiero hoy repetir aquellas palabras que San Leandro —hermano, maestro, guía y consejero de San Isidoro— pronunciara ante el espectáculo del mundo hace ya trece siglos: «El orgullo ha dividido las razas y los hombres. Es preciso que vengan a unirlos la caridad y el amor.»